

RESEÑAS REVIEWS

AGAMBEN, GIORGIO

¿Qué es un dispositivo? Seguido de *El amigo* y de *La Iglesia y el Reino*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2015, 66 pp.

Giorgio Agamben (1942-) es el representante vivo más significativo de las reflexiones en teología política que ha producido el siglo XX; hermeneuta, ha desarrollado esta rama de la filosofía política desde Martin Heidegger, Walter Benjamin y Michel Foucault, a partir de quienes realiza severos diagnósticos sobre el capitalismo tardío, las democracias y la sociedad tecnológica contemporánea. En diálogo con Carl Schmitt, ha desplazado la perspectiva teológica de la política hacia la arqueología del saber y la biopolítica de Foucault. Agamben, cuyo modelo general de escritura resulta ampliamente esotérico, realiza un doble acto de generosidad intelectual: 1. explicita su diagnóstico sobre la modernidad; 2. revela la fuente oculta de términos clave de su propio pensamiento político. *¿Qué es un dispositivo?* está constituido por tres ensayos independientes que resultan complementarios entre sí. El primer texto, *¿Qué es un dispositivo?*, se presenta como un esclarecimiento de “dispositivo”, término central en Agamben, deuda de Foucault (pp. 9-10; 15-16) que habrá de transformarse con aportes arqueológico-teológicos. La arqueología de “dispositivo” es doble: a través de su origen en Foucault y, luego, de la tradición de la teología económica en que éste habrá de ser insertado (p. 11).

“Dispositivo” no es un *concepto*; “es un término esencial del pensamiento de Foucault” (p. 15), aunque éste “nunca le da una

verdadera y propia definición” (p. 10); Foucault le atribuiría una función estratégica: es *como* un saber y un poder, que articula un amplio espectro de conductas humanas (pp. 10-11); implica un saber social que se somete a un poder de manera no voluntaria. Agamben rastrea su origen en la *Introduction à la philosophie de l'histoire de Hegel*, de Jean Hyppolite (1948), quien habría interpretado el concepto de religión positiva en el joven Hegel; en este registro, se destaca una tensión entre libertad y religión socialmente establecida, la *positivié* contra la libertad (pp. 12-15). El “dispositivo” designaría la *positivité*, un mecanismo social de coerción en que los habitantes modernos de “la ciudad de los hombres” sacrificarían su libertad a un saber y un poder extraño y anónimo.

El lector se sorprende, luego de ser advertido de que “dispositivo” no es un concepto, con una definición explícita: “un conjunto de prácticas y mecanismos (...) que tienen por objeto hacer frente a una urgencia y lograr un efecto más o menos inmediato” (p. 17). Agamben remite este “término moderno” (ibid.) a la teología económica (pp. 17-20). Una segunda definición aparece después: “llamaré dispositivo literalmente a cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes” (p. 23); uno puede “ser capturado” por un dispositivo, como el cigarrillo o los teléfonos celulares (pp. 24, 25-26, 31). Aunque esta definición es intemporal y técnica, esconde —como se verá— un uso específico como diagnóstico de la modernidad.

“Dispositivo” se derivaría de *dispositio*, gobierno, gestión o administración, traducción latina del griego *oikonomía* (pp. 18-20). En su contexto original, se trataba del misterio del gobierno divino del mundo, una *praxis* salvífica a través de la interacción de las tres personas de la Santísima Trinidad en la historia. En esto observa Agamben una “fractura” entre ontología y *praxis* divina (p. 18) que prefiguraría la *positivité* y su recepción por Foucault. Agamben asocia este “dispositivo” con “la *Gestell* del último Heidegger” (pp. 20-21). Con esto se enmarca el dispositivo de manera factual, como en Foucault, como diagnóstico histórico-político y crítica ontológica

a ese “mundo de los hombres”: la modernidad, “la fase extrema del desarrollo capitalista” (p. 25). Este diagnóstico tiene la función de orientar la desactivación de los dispositivos, pues en el estado actual del capitalismo y las democracias constituirían “violencia” (p. 29); en “el mundo de los hombres” los dispositivos carecerían del elemento salvífico propio de la concepción teológico-económica de la que procederían; esta violencia sería una coerción deseada, sin embargo, paralela con “el cuerpo social más dócil y cobarde que se haya dado jamás en la historia de la humanidad” (pp. 32-33).

Qué es el “cuerpo social cobarde” del mundo moderno se entiende con la conferencia *El amigo*. Agamben argumenta que “amigo” responde a una dimensión ontológica de la existencia política humana, basándose en los libros VIII y IX de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, en particular 1170a 28-1171b 35. Su objeto explícito es mostrar allí una “tesis de filosofía primera” (p. 48), según la cual “amigo” sería una categoría “existencial” (p. 50), esto es, una condición necesaria de la comprensión humana. “El amigo no es otro yo, sino una alteridad inmanente en la mismidad, un devenir otro de lo mismo” que se da en un “con-sentir” originario. El texto termina preguntándose si este “rango ontológico y, a la vez, político” (p. 48) es posible en el dispositivo en que “hoy confían su suerte las democracias en la fase última, extrema y agotada de su evolución” (p. 51). El diagnóstico antimoderno que asocia dispositivo a *Gestell* cuestiona, así, el nudo mismo que articula las sociedades capitalistas contemporáneas, que han reducido la vida humana a la gestión eterna de una mismidad sin amistad y que, por lo mismo, resulta no humana.

¿*Qué es un dispositivo?*, como conjunto articulado de textos es, en realidad, un diagnóstico catastrofista; el dispositivo que gobierna la “ciudad de los hombres”, “el cuerpo social dócil y cobarde” de gente sin amistad, sería un gobierno económico global “en el vacío de una máquina”, una “parodia inmanente de la *oikonomía* teológica” (p. 34). *La Iglesia y el Reino* aclara que la idea de economía no podría separarse de la de salvación y —dentro de ese horizonte—, del carácter finito de toda política; de esto sustrae el autor una alerta frente al sinsentido de los dispositivos modernos:

el “gobierno de los hombres” sería el escenario de una “catástrofe” (p. 65), “una ruina que amenaza a todos los gobiernos y a todas las instituciones de la Tierra” y cuyo único símil en su origen trinitario sería el dolor penitenciario del Infierno eterno (p. 65).

Víctor Samuel Rivera. Universidad Nacional Federico Villarreal
victorsamrivera@gmail.com

ATKINS, RICHARD KENNETH

Peirce and the Conduct of Life. Sentiment and Instinct in Ethics and Religion, Cambridge University Press, Cambridge, 2016, 231 pp.

Charles S. Peirce mantuvo numerosas discrepancias con su seguidor William James. Una de ellas obligó al fundador del *pragmatismo* a sustituir ese nombre por otro muy provocativo, el *pragmaticismo*, aunque sólo fuera para marcar distancias. De todos modos, según Richard Kenneth Atkins, las mayores discrepancias surgieron en 1897 con motivo de la publicación *The Will to Believe (La voluntad de creer)* donde James justificó una nueva *ética del éxito pragmático*. Allí se recomendaba no ver la virtud como un engaño psicológico bajo su propia cáscara (*bushel*), sino dejarse llevar por los criterios pragmáticos de utilidad social. Se sugería incluso anteponer la obligación de perseguir el bien de la humanidad antes que garantizar la supervivencia de la propia madre. Por su parte, Peirce debió sentirse aludido, dado que en 1989, respondió con un artículo muy polémico, *La filosofía y la conducta de la vida*, donde rebatía las tesis de James.

En efecto, en aquella ocasión Peirce justificó la necesidad de dejarse llevar por los sentimientos más arraigados, como en este caso ocurre con el amor filial ante la propia madre enferma, aunque se tratara de un posible engaño generado por su propia cáscara (*bushel*) o envoltorio psicológico. Según Peirce, en ciertos casos el hombre no se debe sentir culpable por no seguir sus propias convicciones filosóficas más arraigadas, si de este modo hace que prevalezcan sus sentimientos e instintos más básicos. En cualquier